

Desechos y humanos

Jorge Montanari

Colección Narrativa Contemporánea

Ediciones Godot

De los editores al lector

Estimado Lector:

Cuando leímos *Desechos y humanos* nuestra primera reacción fue pensar que era una historia escrita de una manera demasiado cruda. Pero luego de nuestra primera relectura nos dimos cuenta de que el cinismo y el humor negro también son una herramienta de denuncia y pueden dar cuenta, de una forma profunda y compleja, de muchas aristas de una problemática.

Hablamos ni más ni menos que de la discriminación.

De todas formas, cumplimos en advertirle al lector que el contenido de esta novela puede herir su sensibilidad y su lectura no es recomendada para menores. En pocas palabras, si es impresionable no lea la novela.

Hecha la advertencia, anhelamos que puedan sumergirse en la lectura de este libro que, con crudeza y sin corrección política, ataca la discriminación con toda la fuerza posible sin dejar de plasmar una cadencia y un ritmo literario envidiables.

EDICIONES GODOT

Montanari, Jorge. Desechos y humanos.
- 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones Godot Argentina, 2011. 160 p.
; 20x13 cm.

ISBN 978-987-1489-31-2

1. Narrativa. 2. Novela. I. Título
CDD 863

Desechos y humanos

Jorge Montanari

Twitter: @jorgemontanari

Mail: jorgemhz@hotmail.com

Corrección

Hernán López Winne

Foto de tapa

Raais Mohd Azhar

raaisma@gmail.com

Diseño de tapa e interiores

Víctor Malumián

Ediciones Godot ©

Colección Narrativa Contemporánea

www.edicionesgodot.com.ar

info@edicionesgodot.com.ar

Buenos Aires, Argentina, 2015

[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

Impreso en Bonusprint, Luna 261,
Capital Federal, República Argentina,
en marzo de 2015

Del autor al lector

Estimado Lector:

La historia que está a punto de leer es una ficción, las semejanzas con la realidad que pueda encontrar en ella son meras coincidencias y sus personajes no están basados en nadie en especial. En particular, soy un acérrimo y activo defensor de la igualdad entre las personas sin distinción alguna de credo, nación, condición social, cuna, raza, aptitud física o mental. Dedico este libro a todos los que alguna vez fueron discriminados en la vida real por algún hijo de puta.

J.M.

Kierkegaard es difícil de leer

Si ella tuviese *Diario de un seductor* de Kierkegaard entendería que está haciendo un papel más triste que el de Cordelia, pero no tiene ese libro, ni ninguno que no le manden leer de la facultad, ni lo tienen las amigas, ni puede haber escuchado la palabra “Kierkegaard” más que en una escena de *Trainspotting*. Tengo un morbo irrefrenable, incorregible, una adicción sin límites a buscar llegar al límite más extremo del desprecio desde el cual normalmente no podría haber una vuelta atrás. Pero como todo el mundo sabe, cuando una persona está enamorada no cabe usarse la palabra “normalmente”, y en cambio caben todas las vueltas atrás que se ofrezcan, siempre que arrojen una luz -más no sea muy pero muy chica- sobre la posibilidad imposible de que el ser enamorado y uno finalmente lleguen a ese estado de gracia del final de la típica película hollywoodiana.

En las películas que a ella le gustan, o sea las de ese tipo, siempre hay una relación que avanza hasta que de repente empiezan los problemas; cinco minutos antes del final todo parece haber fracasado sin retorno debido a que las peleas, traiciones, confusiones y etcéteras llegan a un punto insostenible. Es entonces cuando uno de los dos se va a tomar un avión para no volver jamás a ver al otro, y cuando la chica ya hizo el *check-in* y despachó las valijas, él aparece y se funden en un beso y la película termina.

Seamos lógicos: eso podría pasar, pero el final es un final feliz solamente porque la película termina allí. Denme quince minutos más de roda-

je, unos metros de celuloide, unas páginas más de guión avanzando unos días más en la vida de ellos, y surgirá una y otra pelea más, y se reprocharán la escena del aeropuerto de los modos más repugnantes: que te fui a buscar y me pagaste así, que tenía mi vida arreglada y me hiciste quedarme para esto... Sí, el final es final porque aparece un *the end* y salen los créditos y la musiquita, nada más.

Si la única certeza del mundo real es que la vida se termina, la única certeza del mundo de la esperanza es que la vida sigue. Y eso es terrible: la vida no se estaciona en un instante perfecto, ni mucho menos en uno meramente tranquilo: sigue lo suficiente como para que todo se pueda terminar echando a perder. Entropía. Murphy básico: si algo puede salir mal, saldrá mal. La certeza de la vida es la muerte final. La certeza de la esperanza es la desilusión final. ¡Y yo soy un optimista!

Pero volviendo al cine... ¿Se dieron cuenta de que con una renga esta película es imposible? ¿Quién la va a ver? ¿Quién se querrá identificar con ella? Una más de las mil pruebas que tengo para afirmarlo: la discapacidad está por fuera de la chance del amor. A veces pienso, esos actores feos que les toca hacer de feo, y no me digan Belmondo porque tiene más arrastre que todos nosotros juntos, qué sentirán cuando los convocan para un papel de feo. Por ejemplo el gordo que hace de gordo en *American History X* y en *The Butterfly Effect*, ¿estará traumatado o se cagará de risa de los que se reían de él en la escuela, mientras anda libremente por las zonas restringidas de los grandes estudios, mientras cobra sus *cachets*, mientras sabe que siempre se necesitará un gordo en el cine y él estará allí? Si alguna vez intentó levantar

por *chat*, ¿le dará vergüenza decir quién es o por el contrario arrancará chapeando con su condición de actor secundario del *mainstream*? Y atención, que dije “actor secundario”. Podría hasta alguna vez tener un protagonista -sería muy raro-, pero veámoslo claro, las películas son para Colin Farrell, Colin Firth, Joan Collins... no para gordos ni para rengas.

La de *Amélie* hizo de renga una vez. Hizo de renga, no buscaron una renga. Yo sí la busqué, y buscaría otra más, y puedo explicar por qué. No da lo mismo una parálitica, no da lo mismo una mogólica. No. Tampoco una enana, aunque por otras razones. Una parálitica es una carga, implica salir a pasear copiloteando una silla de ruedas, quejarse donde falten rampas, hacer esfuerzos físicos, tener poca o ninguna movilidad en la cama de su parte, elegir los Mc Donald's por su baño para discapacitados y no ir a bailar jamás. Salir con una parálitica con plata lo pone a uno demasiado en evidencia, y sólo si Kate Moss quedara postrada en una silla lo podría reconsiderar.

Sobre las deficientes mentales me voy a ahorrar las explicaciones, porque no hace falta darlas. A los catorce pensaba que podía ser una buena idea tener sexo con una deficiente que se acercaba al grupo de chicos de la iglesia con los que me juntaba y que tenía por costumbre fantasear con que había salido con uno o con otro. Pensé que era ideal para debutar en la cama con o sin consentimiento, y dejar que después su denuncia se perdiera en el conjunto enorme de inventos que soltaba cada sábado mientras todos intentábamos hacerla callar y alejarnos de su presencia, principalmente porque era desagradable y se babeaba. Y en esto último está la respuesta a por qué

no probé adelantar mi debut sexual acostándome con ella, y ahí finalmente también dije lo que dos minutos antes dije que no explicaría por no ser necesario.

Mejor salto a las enanas, que dije que eran distintas. La paralítica se puede mostrar en foto siempre que no se note la silla de ruedas. A la tarada se la podría besar cuidando que no se note su cara, y el que pasase cerca podría llegar a sentir envidia en una mirada de refilón... Con la enana no hay caso: en una foto, en persona, de lejos, de cerca, no hay un momento en el que se pueda disimular la situación.

La renga es perfecta: le da a uno la chance de estar en constante situación de superioridad sobre ella, se puede elegir cuándo hacer notar o no su renquera, se la puede, llegado el caso, despreciar o tratar de igual según convenga remarcar o ningunear su discapacidad, se la puede presentar en foto y hasta en persona cuidando que el otro no se ría de uno, o se la puede invitar a hacer algo sencillo e ineludible como caminar un rato junto a uno para que los demás miren y piensen por qué este hombre que no está mal eligió estar con ella. “¿Tiene un corazón enorme? ¿Le querrá sacar pla... ¡No, qué digo!; Si es casi normal una chica con ese problema!”. La renga es un limbo.

Hay problemas más disimulados. Una chica podría tener amputado un dedo de una mano o tener seis dedos en los pies, pero nada de eso sería tan evidente como para que alguien que gustase de ella considerase no salir con ella a causa de eso, y entonces ya no nos vería de un modo mágico por elegirla, como sí lo hace la renga. Salir con una manca en cambio ya implica perder la mitad de las caricias, la mitad de las pajas, por qué no decirlo, y no poder pedirle favores como que le tipee rápido a uno una

carta que se necesita urgentemente, o mil situaciones más que podríamos imaginar con sólo proponérselo por diez segundos.

A la renga se la puede maltratar, vejar moralmente noche y día, o engañarla en su propia cara. Por cierto, se la puede dejar probar con otro cuando ella dice “¡basta!, no voy a pensar más en vos, mis amigas tienen un chico para presentarme y voy a aceptar conocerlo”. En el mejor de los casos, al otro no le suelen decir que le van a presentar una renga, o si lo conoce por ella solita en vez de conocerlo a través de alguna amiga, ella no le va a decir que es renga antes del encuentro. Cuando él la conozca, se va a espantar.

Y si no se espanta, o si le avisaron que era renga y se la quiere cojer igual, nunca se va a querer quedar con ella, así que es cuestión de dos semanas para poder llamarla de nuevo y preguntarle bonachonamente si ahora que le presentaron a alguien ya se siente mejor, para escucharla titubear y contar que no funcionó, y entonces soltar un “realmente te lo digo, me gustaría mucho verte, al fin y al cabo nos entendemos bastante vos y yo”, y volver a tenerla de nuevo a merced y sin manifestación de rebeldía.

¿Que puede toparse con algún enamoradizo amigo de las utopías? La utopía sirve para caminar, dice Galeano, y a ella eso es precisamente lo que menos bien le sale. Esperen a que el idealista la lleve a la casa a ver cuánto lo apoyan los padres, aunque él ya viva solo y la vean nomás un domingo de visita. Vamos a ver si les gusta que la otra parte de la familia grande, la que ellos dicen que es la más competitiva y donde hay una, dos o tres arpías listas para despellear por detrás hasta a la Madre Teresa de Calcuta, los vea con el hijo eligiendo a una novia renga.

Lo que seguramente advertirá el que tenga una renga a tiempo sostenido, es que entre los amantes que ella se busca en los momentos de abandono que uno le propicia con frecuencia, se suelen dar repeticiones. Y esas figuritas repetidas no son sino otros buscando desempeñar el mismo papel que se supo ganar uno, pero que han llegado un poco tarde a su vida o que uno por su propio peso puede sacar del camino de modo bastante fácil una y otra vez. Hay que referirlos frente a ella como “el nene de papá”, “el estudiante treintaño”, “el licenciado en venta ambulante”, “el estampador de remeras” o “el pintador de camisetas”, “el adicto” o “el enfermito” según más se ajuste a lo que sepamos de ellos, para llevarla a la reflexión y mostrarle que indefectiblemente su vida está marcada para caer una y otra vez a nuestro lado.

¿Y cómo es que uno puede ganarse ese lugar de preferencia? Un secreto es escuchar. No cuesta mucho... No cuesta nada. Cuando se está de novio en serio, cuesta escuchar. Ya sabemos que a una novia normal no le importa si a Simeone le estaba yendo mal como técnico en Italia y que a uno no le interesa si ella vio un bolso cuyo mango combina con una musculosa que se compró el otro día... Se podría decir que se establece una indulgencia nivelada dentro de la que se permite contar esa clase de cosas pero donde no se pretenda que el otro las esté siquiera escuchando. A la renga se la escucha. Cuando esté con sus amigas y todas cuenten cómo los novios no dejan de mirar la tele mientras ellas les hablan de su mundo, ella va a ser la única que se sienta especial. Es decir, con ella vamos a establecer otro conjunto de reglas de indulgencia: En vez de cambiar desinterés por desinterés, el trueque consis-

te en tener carta blanca para hacer lo que a uno se le ocurra hacer con ella, a cambio de atenderla de una manera que los demás no usan para atender a sus novias normales.

En cuanto este acuerdo implícito aparezca difuso, solamente necesita ser sacado muy levemente a la luz con alguna frase que recuerde cómo seguramente alguna otra chica -que naturalmente tendría las dos piernas parejas- se deleitaría si uno la escuchase así, y que si uno conociera a esa chica entonces quizás la preferiría. No es necesario nunca -y aquí otra de las claves de cómo salir con una renga- referirle su condición. Como se insinuó recién, el trabajo de discriminarse a sí misma correrá por cuenta de ella sola, cada vez que le nombremos a cualquier otra mujer, sea una conocida real o teórica. En el país mental de las rengas, la reina no es renga, la reina sigue siendo la *barbie* que tuvieron de chicas, y en ella piensan cuando uno se refiere a otra mujer.

La renga nunca debe saber que uno la deja -momentáneamente, claro- por ser renga. Una vez, y solamente una, la mía me miró triste y me dijo melancólica que sabía por qué la quería dejar en realidad. Dijo que con todos los anteriores había sido igual eso, que no podían llevarse con la idea de salir con alguien que tenía un defecto físico. Sin perder un segundo, le dije con la voz risueña del cine que le gusta: “Mi problema con vos no es por esa pierna, que no me molesta para nada... Mi problema es con lo que hay ahí adentro”, mientras le tocaba con el puño la tapa de los sesos como llamando a una puerta. Se derritió.

Así, casi sin darlo a entender, uno puede tener establemente una renga a su disposición. Del

lado de ella, esto será visto como un noviazgo. Sólo basta con no hacerse cargo de esa palabra si alguna vez ella la pronuncia. Todas nuestras propuestas serán aceptadas. Por supuesto que hay que zafar de conocer a los padres. Uno puede llevar bien ciertas situaciones, aguantar conocer a una amiga inquisidora, a una pareja amiga desconfiada, a unos compañeros de facultad curiosos, pero no hay por qué exponerse a que el padre de la renga nos haga una pregunta de más, y mucho menos, a que se encariñe con nosotros. Cuanto más comparta el entorno de ella con uno, más dura será la caída después. Ella por supuesto lo va a contar. Sería imposible que no lo hiciera. Las rengas cuentan cada vez que conocen a un chico. Saben que tienen que mitigar esa culpa de sus padres generándoles pensamientos positivos: “Al final no estuvo tan mal, la cargaron mucho en el colegio pero ahora alguien se la monta como a cualquier otra chica”.

¡Y cómo se la monta! O “¡y cómo me la monto!”. La renga coje sin ningún problema. Lo único que podría salir raro sería pedirle un *footjob*, la paja entre las plantas de los pies, pero a mí francamente nunca me calentó esa práctica. Todo lo demás, les sale perfecto. Por eso ni punto de comparación con una paralítica, o con una amputada. Aquí, en el sexo, está una de las aristas del cubo de la imperfecta perfección que tiene estar con una renga; para bastantes cosas, su defecto no se nota y no nos juega en contra. Nos juega a favor. Y el gran secreto es que en los otros aspectos de la vida, esos en los que el defecto sí se nota, también podemos manejarlos para que estén de nuestro lado.

Pero sí, nobleza obliga a decir que poder te-

ner buen sexo con ella no es sinónimo de que no fuera a haber jamás ninguna situación desventajosa relacionada con la cama. Pero una vez más, todo es manipulable en favor propio. Podría ser difícil, por ejemplo, ir a buscar sexo grupal con ella (a menos que uno se topase con un improbable grupo de lisiados *swingers*), pero en cambio, siuviésemos nosotros una propuesta concreta sexual rara para hacerle, no le quedaría el “no” en la lista de opciones.

Y esto opera de la siguiente manera: el día que se nos ocurra por ejemplo sentarnos a ver cómo ella tiene sexo con una travesti, luego de que primero ponga cara de horror y diga que eso no lo va hacer nunca, bastará decirle lo decepcionado que está uno, ya que la mayoría de las chicas correrían contentas a concretar esa fantasía. La mayoría de las chicas es por ejemplo la mayoría de nuestras amigas, acerca de las que siente flotar en el aire un ambiente de atracción entre ellas y nosotros muy amenazante. La mayoría de las chicas, es decir, la mayoría de las posibles candidatas que son más lindas que ella... Y que tienen las dos piernas en condiciones, sobre todo.

Y la realidad, versión cruel del mundo en la cual las rubias despampanantes no se mueren por ser penetradas por travestis sino que suelen tener la misma postura intelectual que la renga, aquí no cuenta, porque ella no la sospecha. Quizás le pregunte luego a sus amigas, pero no hay nada más fácil de descalificar que las amigas de una renga. Pensémoslo: seguro son o bien unos desastres o mujeres muy compasivas.

Los desastres saben poco de la cama porque la visitan muy poco para algo que no sea dormir. Las mujeres compasivas ni siquiera la visitan. Un par

de argumentos lapidarios nuestros y es otro tanto seguro en nuestro marcador. Un triple en básquet, podría decirse.

De todos modos esas propuestas extrañas no se tiran todos los días. Algo más común en mi vida diaria con la renga es bombardearlo el culo sin compasión, invocando cual santo de estampita a mis “amigas con derechos” a las que -supuestamente- les encanta hacerlo así. Y aquí también está la maravilla, porque no es solamente tener la chance de sodomizarla, sino de hacerlo a lo bruto. Basta con poner cara de ligeramente decepcionado una primera vez, elaborar una sonrisa compasiva seguida de frases del estilo “bueno, me voy a tener que ir ahora” a la vez que se revisa la agenda en el teléfono, para que ella pregunte qué pasa y si uno no está contento con lo que ha conseguido.

Ahí puede decirse algo como “Sí... Es que no estoy acostumbrado a que me pidan que pare tanto, o que directamente me saquen... Ya sé que duele un poco, pero es la primera vez que me pasa que me termino concentrando más en tener que escuchar a una chica que a disfrutarla en el medio de eso”.

No hace falta casi que diga que a esa frase la respuesta más probable sea: “No, perdoname, no te quise distraer, probemos de nuevo, capaz grito pero no me escuches o tapame la boca, y si te quiero sacar agarrame fuerte”. Perfecto. Carta blanca para talarla por atrás como una bestia. Perfecto. La cábala pide al número tres para reforzar la perfección así que lo digo de nuevo: Perfecto.

Ya no hay en el bullying aquellos lindos frasquitos

¿Y dónde está mi corazón? O mejor dicho ¿dónde está mi miedo a ser así con ella? Ese miedo lo perdí y podría recordar un momento bastante concreto. Mi educación en torno a la figura del premio o castigo a largo plazo se topó de frente con la realidad hace relativamente poco y a partir de allí lo vi todo mucho más claro. En una reunión de ex alumnos -un desfile asqueroso de *mediopelos* y gordas amas de casa que parecen tías mías y dicen haber sido mis compañeras- de repente apareció el más hijo de puta de todos los que conocí en la vida: uno que podría haber registrado la patente del *bullying*, que todavía no existía con ese nombre, por lo menos en el mundo de habla hispana.

A los trece, mitad por entender que no tenía caso hacerle caso a los amigos de afuera de la escuela que no lo conocían y sugerían enfrentar a esa mole con un buen golpe en la cara (y eso era comprar la muerte segura), y mitad por entender que asesinarlo con un cuchillo por la espalda o poniéndole veneno para ratas en un sándwich me llevaría a un internado de menores a convivir con cincuenta iguales a él veinticuatro horas al día y trescientos sesenta y seis días en un año bisiesto, opté por escuchar a los que planteaban la resolución mística del asunto: “Los malos reciben su castigo del cielo, tarde o temprano”. Incluso los ateos o los cristianos menos fanáticos me proponían ecuaciones similares, en las que dado un

tiempo suficiente, las malas acciones de la gente se volvían en su contra y les traían la desgracia. Desde el que lo llamaba “karma” hasta el racionalista que aludía a un equilibrio universal. Pura lógica parecía.

Mierda. La mayor mentira jamás contada. Un capítulo en *Zeitgeist* merecería. El hijo de puta mayor, ya duplicada la edad con que lo había conocido, es decir, habiendo vivido ya una vida entera nueva desde la última vez que me había pegado en la cabeza en un recreo, bajó de una camioneta importada gigante que valía lo mismo que una casa. Habló de su vida y tenía todo: la empresa más exitosa, mujer e hijos, los amigos más importantes e influyentes, personal doméstico a cargo como para atender un Mc Donald's completo y no sólo eso sino que sin tirar propina extra se encamaba con dos de sus mucamas en trío todas las semanas.

Mi humillación buscó una explicación en ese instante: habría cambiado, era un buen tipo ahora y por eso tenía todo. Enseguida contó orgulloso toda la parte sucia de sus negocios, las coimas, los permisos de sus amigos en puestos clave del gobierno, la diversión de ofrecerle droga gratis a otra mucama adicta a cambio de perversiones cada vez mayores. Y allí estaba, no le había pasado nada malo. Nada. Si a los sesenta y cinco la vida se le da vuelta... será por casualidad, y yo no puedo esperar tanto para decirme a ver qué hago; esto fue más que suficiente.

A los malos les puede llegar a ir bien, siempre.

Pero ésa no es la frase que lo impulsa a uno a la maldad, eso sería prácticamente supersticioso. El concepto que realmente a uno lo pasa a definir es el complementario:

A los buenos les puede llegar a ir mal, siempre.

En esto está la esencia de no esperar un premio a largo plazo y tratar de cobrarse los premios “ya”. También en esa frase reside el perdón para con nosotros mismos: no será por nuestra culpa que la renga viva una vida miserable, es normal que alguien bueno la pase bastante mal. Adelante entonces. ¿Le estoy robando los mejores años? No, le estoy dando buen sexo en sus mejores años. Le estoy dando ilusiones en sus mejores años. Me deberían dar un premio en realidad. Además nadie se la iba a agarrar en serio. Si no fuera yo, habría sido otro. Alguno del elenco estable de segundones, el pintador de camisetas quizás.

Tal vez en algo menos de diez años aparezca el que se enamore verdaderamente de ella, un *nerd* que de repente haya salido de su encierro y se haya encontrado con un mundo en el que las mujeres que están disponibles para él ya son todas divorciadas con hijos, o pacientes psiquiátricas apenas ambulantes, o feísimas, o paralíticas. Y ahí la renga emergerá de entre todas como el mejor partido, como tuerto en país de ciegos. Y si él se enamora de ella y yo ya no estoy en el medio, ella se enamorará de él pese a su panza, pese a sus remeras de *Star Wars*, pese a su peinado que va camino al Larry de *Los tres chiflados*, pese a su *Asperger* galopante que lo prive de entender una ironía, pese a su braquidactilia que sitúe su mano cerca de la de un mogólico, pese a su falta de experiencia en la cama que nunca pero nunca podrá llegar cerca de los penes hábiles que ella probó, el mío en primer puesto.

Y allí con ese *nerd* inexitoso -porque si fuese tal como lo describí pero hubiese creado *Facebook*, cojería como loco- podrá casarse en una fiesta

donde abunden los anteojos culo de botella, donde abunden suegros feos y abuelas babeantes al balbucear, donde suenen vals de Strauss y todos se crean que están escuchando música clásica de la buena y no al productor de lo que sería el bacalao marchoso barato de la Ibiza de los noventa, en versión Austria de fin del siglo diecinueve.

Allí después podrá quedar embarazada como siempre quiso, y tener a los hijos más acosados del mundo: con padre y madre impresentables. Él irá a buscarlos al colegio en ojotas y bermudas con una camisa a cuadros abierta con una remera negra debajo que tenga impreso a Homero Simpson *lookeado* como Einstein, a pie, y los demás se subirán a los autos brillantes de sus padres brillantes, con torsos de gimnasio o al menos de un poco de ejercicio el sábado. Ella irá rengueando y se parará a esperar el timbre de salida al lado de las madres rubias naturales de pelo lacio largo, con cola de pato parada y pulposa y sobre todo, que caminan bien. Caminarán como modelos y las muy hijas de puta lo harán notar el doble, porque el morbo flota en el aire como el monóxido de carbono en el centro neurálgico de una ciudad *top ten* de polución, y les encantará humillarla.

En las casas, la llamarán “la renga” a la madre del compañerito, y el hijo en cuestión se referirá a ella también así en la escuela, y descubrirá con sorpresa y con risa -pero sobre todo con indulgencia colectiva- que los otros compañeros también le dicen así a la madre del gordito feo de los anteojos enormes, y entonces ya no les dará vergüenza hablarle de “la renga de tu vieja” al compañero, al que siempre podrán ubicar en su lugar tanto por fuerza

como por número si intentase vengar lo invengable.

El gordito entenderá a los espartanos al pensar cuánto sufrimiento se habría ahorrado si a su madre la hubieran tirado de un acantilado a poco de nacer. Pero entonces yo no me la habría podido cojer en la calle bajo la lluvia, en la mitad de los hoteles de la ciudad y haciéndole pagar a ella la mitad de la tarifa, en mi casa sin dejarla quedarse a dormir, en casa de ella cuando los padres vacacionan y huyendo segundos después de mi orgasmo, en el auto, en los reservados oscuros de donde fuéramos a bailar, en un rincón de la nave de una iglesia en esos horarios en los que no entra ni dios, en la casa de un amigo mío con mi amigo poniéndosela a la vez en la boca, en los bancos de diez plazas, de día, de noche, al amanecer, antes de entrar a un examen, justo al salir de un examen. ¡Que viva Atenas! ¡Que viva el INADI y todo lo que permita que las renegas lleguen a adultas!

¡Por las barbas de Žižek!

Ella me pregunta si la voy a tener para siempre así en un estado de indefinición, saliendo con otras personas y siempre dejándola detrás de la chance de tener una chance. Una chance en serio. Y sí, yo por mí seguiría para siempre, pero la verdad es que tiene razón en sugerirme la pregunta. Y pensando un poco, la respuesta es: hasta que me canse, hasta que me complique, o hasta que se canse ella. Pero ella no se va a cansar, ni yo tampoco. Así que solamente dejaré de verla cuando conozca a alguien que ocupe todo mi tiempo, o me vaya a vivir a otro lado. No, lo último no cuenta, porque si me voy a vivir a otro lado, me basta con un email para convencerla de que se gaste su plata para las vacaciones con las amigas en un pasaje hasta donde yo esté, para que me la coja un fin de semana largo en la otra punta del mundo. Claro que vendría. Porque entre todo lo malo que le doy, también le doy una parte buena que no me cuesta esfuerzo y que los otros no le saben dar. Y lo importante es echarlo en cara, para que no se le pase por la cabeza olvidarlo a la hora de armar sus ecuaciones. ¿Quién te alentó a no dejar la facultad cuando perdiste el año? ¿Quién te corrigió la redacción para el informe del trabajo, el licenciado en venta ambulante o yo? Pero claro, la indefinición eterna implica que nunca llegue a creerse novia. Y aunque ella se lo crea (lo hará cinco veces por minuto), poder bajarla rápidamente a la categoría de que ella y yo no seamos nada.

Esa indefinición entre estados es la misma

que tiene dentro de su cuerpo. Su relación conmigo es como su caminata, y gracias a esta última funciona la primera en el fondo de su razonamiento. No es normal ni es lisiada. No le cortaron nada pero no tiene todo. No se le nota nada si está quieta entre la multitud pero se la ve distinta si se mueve. No soy su pareja pero tampoco soy alguien que no tuvo nunca nada con ella, ni mucho menos alguien pasajero. La entiendo siempre, salvo cuando cree que no entiendo su deseo de tenerme para ella sola y para siempre y a tiempo completo, aunque lo que no sospecha es que ahí es cuando mejor entiendo todo.

Hay que estar siempre pensando en ella, para preparar el terreno para seguir sacando siempre el mejor de los provechos. Llamarla en horarios en los que de antemano sabemos que no puede encontrarse con nosotros es muy recomendable, porque empareja las veces que ella nos querrá tener y no podremos porque estaremos haciendo algo mejor.

Un SMS en horario de trabajo. Una llamada al celular un día de semana cuando los padres ya deben haber apagado las luces y se deben haber metido en la cama a intentar procrear más rengas, de no ser por la menopausia y el desinterés sexual. Un correo a la tarde del día en que la hermana tiene la fiesta de quince años pidiéndole que venga a bailar a la noche. Todo cuenta, todo engrosa en su mente la idea de que la deseamos con pasión. Toda respuesta es manipulable. Y eso significa que quizás yo tendría habilidad para la política, pero quizás en un país de rengas solamente.

Un incisivo “¡sabés que estoy en el trabajo ahora y que no puedo salir!” se responde con un “es que estoy con tantas ganas de estar con vos que

no quise aguantarme a que salieras para pedirte ver-nos”, y así se duplica nuestro puntaje.

Cuando la que manda el mensaje en horario de trabajo nuestro es ella, simplemente no se responde.

Callar es un arma, desde que lo leí en un *spam* de frases cursis que abrí por error. Ahí venía eso de que uno es esclavo de sus palabras y dueño de sus silencios (y muchas otras frases de las que para la renga son la filosofía de mayor alcornia) (bueno, no sólo para ella... y esa debe ser nuestra ventaja por sobre legiones de segundones de la vida: conocer a Nietzsche o de nuevo a Kierkegaard en el mundo de José Narosky y Arjona. Saber-se dónde se está parado en el mundo en que Badía citaba a Lennon con eso de “podrán decir que soy un soñador, pero no soy el único” como si estuviese leyendo el manifiesto de Bakunin. Saber cómo suena Kraftwerk mientras los oídos de otros creen que Machito Ponce alcanzó el nirvana del sintetizador. No, no es elitizarse eso, no tenemos la culpa de que otros caigan hacia abajo sin cesar).

¿Y si nos pide pasar a un estado superior? De casarse por suerte no nos va a hablar, primero tiene que lograr ser novia con todo lo que implica estar de novia. Ahí vendrá nuestra sarta de la incompatibilidad intelectual. Exacto, todo eso que a otra no podemos decirle cuando la dejamos, a la renga se lo podemos decir. Ella dirá que no se necesita leer los mismos libros para amarse, ni escuchar la misma música, dirá que no se necesita gustar del mismo cine y que no tiene gracia buscar a una copia de uno en el otro sexo, sino enriquecerse con las diferencias de otra persona. Claro, si yo pudiera enriquecerme de ella, ya a la palabra “perfecto” con que adjetivé un

par de veces la relación, habría que buscarle un superlativo. Y aquí me retrotraigo a mi discusión con mis amigos sobre qué novia tiene que buscarse uno, y hasta se la puedo citar a ella, lo que la hará sentir como un objeto y la humillará, situación que será remontada después con alguna palabra zalamera en la próxima ocasión en que tenga ganas de descargar calentura, y que en este momento me permitirá escapar de la charla y de la cita airoso luego de desinflar la propuesta de noviazgo serio.

La idea sobre el noviazgo que teorizamos con mis amigos, a los que no veo hace un buen tiempo, es así: si uno ya tiene con quién discutir a Heidegger, o más acá criticar a Sarkozy por algo más que por lo puta que parezca Carla Bruni, o mirar algo de Monty Python y reírse mucho, o etcétera, uno no está necesitando encontrar una mujer que pueda compartir todo eso.

Probablemente si existe sea fea, o si es linda ya se la haya agarrado otro más temprano, o quizás sea mucho mejor idea incorporarla al círculo de amigos y no permitir que pasarnos de la raya propicie después de una pelea un alejamiento para siempre. La novia, entonces, debe buscarse únicamente en base a sus otros atributos, *idus est* lo bien que coja y lo buena que esté. En el momento que tengamos ganas de reírnos con el *sketch* del partido de fútbol entre filósofos griegos y alemanes de Monty Python, iremos a ver a nuestros amigos. ¿Por qué buscar la versión de ellos que no se tiene que afeitar todos los días?

Eso sería la verdadera manifestación del famoso concepto “confundir la amistad con el amor”. Por supuesto que leer a filósofos actuales como

Bauman o Žižek me proporciona placer y les puedo tener una enorme admiración, pero lo tengo muy claro y jamás podría confundirme: son horrendos físicamente, son de mi mismo sexo y yo no soy homosexual, uno tiene edad para ser mi abuelo y el otro para ser mi padre. Uno no tiene dientes y el otro tiene una barba donde se le debe quedar la mayonesa cuando come un sándwich. Definitivamente, lo que busco en una novia es otra cosa, es un buen par de nalgas, es un buen par de tetas, es un buen par de polvos seguidos, es mirarla y sentir una erección. No es admiración académica, no es compartir el repudio por Jean-Marie Le Pen, ya es suficiente con que sepa que “pen” es “lapicera” en otro idioma.

La renga llora, dice que me odia, y se va. Por supuesto, esta charla solamente ocurre después de que ya sé que me saqué todas las ganas sexuales del día. Y estas ganas, particularmente en ese día habrían sido difíciles de quitar si no hubiera estado ella en el camino: estaba bastante sucio, sin perfume, estuve particularmente panzón esta semana, muy mal vestido y necesitando ya un recorte en el pelo que me forma algo así como un casco antiestético. Una puta no me rechazaría así pero sí me cobraría más caro, y una que no fuese puta no me daría cabida ni para llegar a solamente un beso. Pero ella sí, se entrega por completo, porque ella va haciendo de mí un ícono de su adoración día tras día. Resulta bien evidente que no está del todo bien de la cabeza, además de lo de la pierna. Tiene unas ganas de sufrir gigantes, su ADN debe decir en su código algo como “adn adn adn soy masoca soy masoca adn” y entonces cada secreción de sus células debe llevar ese mensaje a cada punta de su cuerpo todo el tiempo.

Lo que primero le ocurre por conveniencia (el aguantarse todo lo que yo le haga), al poco tiempo ya debe haberse instalado en su rutina como un placer de cada día. Si no, nada de esto tiene explicación, porque es tonta, pero no a tal extremo de no poder ver nunca cómo es realmente esta situación. Esto de poder ir a la cama sin disfrazarse de seductor es igual al matrimonio, pero mejor.

“Es yo sobre la renga”

Dicho todo esto, he llegado -creo- a presentar el cuadro de situación entre la renga y yo. Así va su vida, girando en torno a mí desde hace más de cinco años, desde sus inocentes diecinueve hasta ahora que se acerca al cuarto de siglo. Cuando tenía catorce, la chica más grande del grupo de la iglesia cumplió los veinticinco, y me pareció extremadamente vieja. No solamente en el sentido en que a un púber le puede parecer vieja una persona de veintitantos (o al menos así ocurría en los noventas), sino en ver que su estado de adultez era indubitable, y la verdad que yo no percibía, es que ella todavía no era nadie.

Desde el punto de vista que se tomase, ella era la Nada. Sin plata propia más allá de la poca que le venía de no me acuerdo en qué trabajaba un poco, sin carrera hecha, sin matrimonio, y sobre todo y como resultado de la suma sinérgica de rubros como los anteriores, sin haber dejado todavía la huella de su vida en este mundo. Bueno, la renga está mucho peor. Por cierto, la del cuarto de siglo de la iglesia ya perdió la menstruación y tiene el himen sin tocar. Y cuando digo sin tocar, es literalmente sin tocar. Ni por otros, y parece que tampoco por ella misma. Si bien me perdí más de quince años sin noticia alguna entre su estado actual y el anterior, un día debería imaginarlos para poder cerrar una historia y escribirlas; me gustaría escribir, si no lo hago es porque me encuentro siempre demasiado ocupado pensando en las cosas que veo.

Escribir se trata de darle un *output* a esos pensamientos, de hacer que en lugar de imaginarnos pronunciar esas conclusiones con la boca cerrada, dejar que salgan por la punta de los dedos, como uñas líquidas que se secretan y secretan y allí quedan para siempre, en lugar de morir con el sobresalto de un sonar del teléfono, de algo raro que se cruza en nuestra vista, o de otra reflexión que copa de súbito el éter cerebral y anula completamente a la primera.

¿Y estos cinco años? ¿Yo los perdí también? No lo creo, o si los perdí no fue por culpa de la renega. La diferencia radica en que más allá de mi revoloteo consuetudinario sobre ella, puedo planificar y avanzar en los demás aspectos de mi vida. Ella no. No tuve aparte nada serio en estos años, nadie que me convenciera demasiado de dejar mi vida de soltero. Le conté de cada una de las que fueron apareciendo a ella, y ella sufrió y pidió que no tuviera más nada con ninguna otra. Yo le dije una y otra vez que eran maneras de darme cuenta cuán distinto era lo que me pasaba con ella. No es que salía por experimentar -le decía- sino que se daba la atracción, empezábamos algo, y luego cuando fallaba ya caía en la cuenta de que con las otras no volvería y en cambio con ella allí estaba una vez más. Se volvió muy molesta cuando a través de internet empezó a celarme y a darse a conocer delante de la gente que yo no quería que supusiera que tenía algo con ella, pero siempre pude mover las fichas para dejarla en una situación de tener que hacer muy buena letra para no mandar todo al muere. Nunca supo de mi facebook, gracias a las preciosas herramientas de bloqueo que provee.

Hoy quiere que conozca a otra amiga suya,

y la situación me divierte de antemano, porque a la anterior que me presentó la terminé besando en la boca, y después de eso no se hablaron más.

Esa vez, saqué delante de la amiga la mayor de mis galanterías. Les corrí la silla cuando nos sentamos a tomar un trago, les elogí la ropa y los colgantes (aunque los de la renga eran los de siempre). Los tragos los pagué yo, siendo una de las pocas veces que la renga no tenía que abrir la billetera en una salida conmigo.

Si alguna de las personas que veía la escena se interesase en ésta, habría visto a un hombre que aparecía como nuevo amigo de ambas, con intenciones de levantarse a alguna de las dos. Y en cuanto vieran a una y otra levantarse para ir hasta el baño, supondrían que no querría quedarme con la renga. Acertaban y no acertaban a la vez.

Hablé de mí fingiendo una humildad enorme. No corría riesgo de dejar aspectos buenos de mi vida sin tocar porque la renga seguro le había hablado de mí a la amiga durante horas más largas que las de una final de Roland Garrós a cinco sets. Ella misma iba preguntando solita por una y otra cosa. Yo respondía, siempre en la veta humilde -aunque tampoco mi trabajo en una multinacional de los seguros me ponía en el tope del mundo-, sin basurear a mi fetiche, aunque tampoco dándole muestras de cariño como ser un beso o una caricia.

De repente una pregunta dio el pie a que contase algo raro que había pasado en mi trabajo y que seguro la renga se lo habría contado ya más de una vez por semana en el MSN y con lujo de detalles. La amiga me miró sorprendida y dijo:

-¡Increíble! ¡Es la primera vez que escucho